



## CAPÍTULO VI

# EDUCACIÓN ESTÉTICA

Las exigencias del tercer tipo de hombre que cada uno de nosotros lleva dentro comienzan en los ensueños de la infancia –no en el juego– y terminan en el arte del sinfonista, en la visión del poeta.

Cuando el niño imagina hace arte, y cuando medita su fantasía levanta construcciones más hermosas que las de la ciencia del ingeniero. Y es necesario que el pedagogo no estorbe el fluir espontáneo de la conciencia artística. Y destruye, no sólo obstruye, el sentido profundo del arte la pretensión pragmática de convertir el gusto estético en una suerte de prolongación del trabajo industrial. Como cuando los niños de Dewey se dan cuenta de que es preciso decorar la vivienda estandarizada, que han construido de cartón, según el modelo de las casas iguales de los trabajadores socializados.

El arte no nace con el decorado; al contrario, en él acaba. Iniciar al niño partiendo del decorado es lo mismo que hacerle beber en la fuente recién agotada.

El educador incontaminado del morbo pragmático pondrá al niño de lleno en el misterio de la melodía, le empapará de su mensaje claro, dejándole pensativo y temblante de indecisión. Los útiles del trabajo se han quedado guardados en el taller; la lógica misma se ha quedado encerrada en el aula, y ahora, en el aire libre o en el teatro, canta su trino el pájaro del espíritu. Dejad

que el prodigio estremezca las almas. Resistid la tendencia a las explicaciones baratas; nada de justificaciones utilitarias. No hace falta pedir permiso para existir. Por otra parte, bastará con que insinuéis; canta, porque eso te conduce a una profesión lucrativa, para que pierda su inocencia la voz cantora. Bastará que el canto aparezca como la parte inflexible de un programa impuesto por autoridad o por tesis intelectualista para que el encanto propio del arte se disipe. ¡Canta por la dicha del canto! ¡Dibuja para retener la inútil belleza del perfil! No hay en arte otra pedagogía. Aparte de las actividades útiles, necesita el hombre desenvolver sus dones de superabundancia espiritual. Desde la cultura física y el deporte, y aun antes de que se llegue al baile, logra la actividad del cuerpo satisfacciones que no se explican por afán de salud o de equilibrio natural, sino por goce de la transfiguración que se opera en el arte.

En el deporte hay un elemento turbio, que es el prurito de la competencia, la manía de los *records*; sin embargo, podrá un maestro hábil convertir la destreza en espectáculo desinteresado y hermoso. La marcha por el campo, las montañas, los bosques, la natación en el mar o en el río, la carrera bajo las arboledas prestan ocasión para que el ejercicio se combine con la divagación poética y para que la compañía participe del cenáculo.

Pasando del deporte al aula, cuidará el maestro de hacer resaltar las calidades de belleza contenidas en el lenguaje. La elocución clara y bella, fomentada con artistas especiales, actores o buenos lectores que recorran periódicamente las escuelas desentrañará el gusto nativo del idioma, a la vez que perfeccionará su uso. La simple dicción clara supone ya un refinamiento, una comprensión que es timbre de aristocracia mental y preparación para la bella literatura.

En todas las actividades ordinarias, una persona sensible descubre la huella del espíritu. En los hábitos de gesto y expresión que constituyen las maneras hay un arte instintivo en los pueblos de clima cálido, habituados a moverse al aire libre en consorcio con una Naturaleza armoniosa. El andar de la mujer andaluza no tiene otra explicación.

La ondulación melodiosa de la criolla iberoamericana contrasta con la marcha de la mujer de Norteamérica, firme pero sincopada, al riesgo del resbalón sobre la nieve.

No puede el maestro cambiar el clima, pero sí puede elegir las danzas que a unas corrijan la rigidez y a otras les aumenten el lucimiento introduciendo vigor en la languidez. Ninguna podrá prescindir de la cultura sin caer en la vulgaridad, tal como las flores descuidadas retornan al tipo silvestre.

Cuando coinciden la dicción clara y la marcha desenvuelta, el gesto delicado y la conducta noble, se producen modelos de urbanidad exclusivos de las castas de selección.

En ciertos pueblos la cortesía es hábito heredado, residuo de viejas culturas, afinamiento étnico. En otros casos la escuela tiene que improvisar. Como viajero periódico, varias veces he podido apreciar la transformación operada por la escuela en el medio rústico de los Estados Unidos del Sur-occidente. Rápidamente, el *cowboy* se ha transformado en el *gentleman*. Se ha cumplido así una obra de pedagogía estética.

Con el material humano de que nosotros disponemos en el Sur fácilmente podrían alcanzarse modos y modas de perfección.

Del dibujo se ha dicho que es menester enseñarlo como una manera adicional de la expresión. Un lenguaje complementario. Pero es además como todo arte, un sistema especial de relación entre el objeto como mundo exterior y la conciencia. Desde que se dibuja o se hace música, la actividad ejercitada obedece a ritmos y leyes diferentes de las que rigen las cosas, independientes también de las necesidades lógicas que atan el concepto. Ritmos y sugerencias emotivas responden a un orden peculiar de la acción, superior por más libre. También más íntimo asociado a lo profundo de nuestra naturaleza. Una postciencia y no una anteciencia. Un proceso que no va a la idea porque contiene el ímpetu necesario para crearlas. Juego maravilloso de los sentimientos y las imágenes, no es en verdad libre, pero sí sobrepasa las leyes del objeto físico y las reglas del concepto abstracto. Su norma no la da tampoco la vida fisiológica ni la ética; deriva de lo alto, con los esplendores de la iluminación, con la certidumbre de lo revelado.

Si se quiere que la enseñanza del arte sea eficaz, será menester que el maestro de materias generales, el normalista, ceda su cátedra al pintor y al músico, tal como antes lo habrá hecho a favor del maestro de gimnasia. La proscripción de los manuales para enseñar a cantar y para enseñar a dibujar, traducidos del inglés; la substitución de las metodologías por el arte mismo produjo en las escuelas mexicanas del novecientos veintitantos un florecimiento artístico que años antes hubiera parecido increíble y que hoy se ha vuelto leyenda.

Por demás está decir que el arte por que abogamos es un ejercicio espiritual y antesala del conocimiento divino, muy distinto del arte-adorno de los materiales. Llevado este último a la escuela, produce el arte-excrecencia industrialista, de que hablamos al principio de este capítulo, o el arte bolchevique, divinización del esfuerzo, idolatría del útil.

Definiciones prolijas aparte, decimos que ninguna escuela ha de privar a sus alumnos de contemplar reproducciones de los primitivos italianos: el Giotto, el Angélico. Ningún niño pasará por las aulas sin haber escuchado una melodía de Mozart o un preludio de Bach. El folklore servirá de incitante con tal que no llegue a parecer suficiente, pues el mensaje está contenido en lo otro y constituye ejercicio de comunión, tal como lo indicábamos en anterior capítulo. Así es que, por experiencia, la ciencia; por demostración, la teoría; por contagio, la ética; por comunión, el arte.

La experiencia del arte demostrará a maestros y alumnos la evidencia de una fuerza de nuestra naturaleza que no está dirigida a obtener propósitos concretos y es, sin embargo, capaz de proporcionarnos alegría ilimitada y propiamente sobrenatural. El secreto de este poder consiste en que nos pone a sentir en común con las formas más nobles y las realidades más altas de la conciencia; nos desarrolla de esta suerte el amor de las maneras milagrosas de la vida. Cuando la conducta misma se dirige a ser orientada ya no sólo por el deber que cuesta, sino por la alegría, así se genere en el sacrificio, vemos cumplida la más alta misión de la naturaleza humana.

La diferencia de la ética pura, el heroísmo de los estoicos y la conducta como arte está en el goce espiritual del artista. La ventaja que al simple heroísmo agrega la santidad es esta alegría de la comunión con la fuerza divina. Ya no es voluntad ni deber, sino consumación y júbilo. El ímpetu contenido en la doctrina del arte como revelación de las maneras divinas conduce a la ambición del amor absoluto. Explica la superioridad del mundo cristiano sobre el mundo pagano. Y, si la enseñanza del arte no se apoya así en una metafísica absoluta, perdurará el peligro del arte como sensualidad y complacencia baja, el arte como expresión, en vez del arte como superación.